

### Sal 79

El Sal 79 nos presenta una situación sin salida, preñada de sinsentido. Es la oración de una persona que, desde el deseo, pide con insistencia “Dios de los ejércitos, RESTÁURANOS, que brille Tu rostro y nos SALVE”.

RESTÁURANOS: vuélvemos a lo que éramos, cuando brillaba Tu rostro, cuando te mostrabas dando vida a esta comunidad. Que ese rostro tuyo nos puede volver a salvar, que te podamos conocer de nuevo, que volvamos a experimentar ese corazón ensanchado, apoyados en tu presencia, que seas nuestro sentido, que hagas de nosotros Tu pueblo, una obra de arte.

El salmista no encuentra sentido a muchas cosas que observa en su vida cotidiana: la cerca está derribada, Tu protección y Tu cuidado ¿Dónde están? Tu viña ha sido pisoteada, talada, quemada... Su mundo se ha venido abajo, sus tradiciones, sus intuiciones, su tierra devastada. Nada de esto es comprensible. Algo que tiene mucho que ver con nuestra actual situación. ¡Cuántos seres humanos, también a nuestro alrededor, gritan esto mismo!: “mi mundo está en ruinas, estoy al aire, no hago pie, ya no entiendo nada, ya no espero nada”.

Y, sin embargo, el salmista recoge la voz de Israel: “no nos alejaremos de Ti”. Te esperaremos, Te recordaremos, cómo nos diste vida... ¡Vuelve a darnos vida!

Algo de esto vive Jesús al llegar su hora: se sabe en peligro, pero además vive el desmoronamiento de su obra: los comienzos en la verde Galilea, el seguimiento de las multitudes... todo se ha esfumado. EL Reino no ha llegado, pero quizás hace suya, en lo profundo de su corazón, esta declaración: “No me alejaré de Ti, Padre!”.

### Is 12,1-6

¿Quién es Dios? No es fácil responder. Jesús tampoco nos dio una definición de Dios, más bien nos lo mostró, nos dio pistas para dialogar y relacionarnos con Él.

¿Quién es Dios? Un Tú al que dar gracias porque consuela, un Tú que salva, en quien se puede confiar, a pesar de tantas peripecias en la vida. Un Tú que invita a no temer, un Tú que es fuerza y horizonte de sentido, un Tú que hace proezas, que inyecta vida en la historia de cada uno, de un modo muy callado, muy pobre y sencillo, desde el ser grano de trigo que muere, o desde el ser grano de mostaza invisible, frágil, cotidiano. Un Tú que hace milagro lo gris de la existencia cotidiana.

Él es el Padre de Jesús, el Santo de Israel en medio de su pueblo y de nuestras vidas... ¡para siempre!

### Sal 80

Ya se acercaba la Pascua, la primera luna de las noches de la primavera. El mismo salmista nos recuerda qué celebramos estos días, lo nunca oído, lo inconcebible: alguien que ha retirado las cargas de nuestros hombros, que ha liberado nuestras manos de espuestas y nos ha alejado de los escombros que llevábamos en ellas.

Esto es nuevo, porque la dinámica de nuestro mundo es la contraria: cargarnos de espuestas, de pequeñas o grandes muertes.

Pero Dios... Dios hace lo contrario, quita losas y pone vida. Lo que Jesús ha visto hacer al Padre eso mismo hace Él: resucita muertos, cura toda enfermedad, enseña con la autoridad del que ama como sólo Él ha sabido hacerlo. Por eso es una fiesta.

Este leguaje, Israel lo ignoró, y no acaba de penetrar en nuestro mundo. En labios de Jesús también fue ignorado. ¡Cómo se va el corazón humano detrás de dioses extraños!

El salmista sin embargo nos muestra a un Dios que se duele, que nos sueña en un mundo nuevo: “¡Ojalá escuchase mi pueblo...!” en un momento os daría vida, os abriría los corazones y veríais irrumpir mi Reino, os daría lo más fino que guarda mi corazón hacia el ser humano, esa flor de harina.

Nos unimos a Jesús que, también hoy, especialmente hoy, en su cena de despedida, nos invita a ese mundo nuevo desde el servicio al otro, el amor entregado y gratuito.